



El Hospital de Jornaleros de San Francisco de Paula, más conocido como Hospital de Maudes, Madrid.

Mecenas de la arquitectura moderna española

JOSÉ ÁNGEL VAQUERO

Arquitecto. Profesor de Proyectos en la ETSAM

Ya en la antigüedad, Vitruvio, autor del primer tratado de arquitectura conocido, reconoce una intervención a tres en toda obra edificada:

“Cuando se ve una obra realizada con magnificencia, se ensalza al dueño por el coste de la obra; si se ve

que el trabajo está hecho con habilidad, se elogia la destreza del albañil; pero si el edificio alcanza su mérito por su elegancia, proporciones y simetría, la gloria será para el arquitecto. Ahora bien, esto lo conseguirá el arquitecto cuando se preste a aceptar las indicaciones

tanto de los obreros, como de los propietarios”¹.

Efectivamente: sin promotor, no hay obra posible. Corresponde ahora reconocer el mérito de estos propiciadores espirituales y económicos de las buenas obras de arquitectura, deteniendo la mira-



Iglesia de Nuestra Señora de la Coronación, en Vitoria-Gasteiz, de Miguel Fisac.

da en particular sobre el interesante momento que vivió la arquitectura española desde finales de los años 40 hasta primeros de los años 70, momento éste cada vez más valorado y reconocido desde la actualidad.

La ciudad es un retrato de la sociedad que la va viviendo. La arquitectura común que constituye la base urbana refleja el anonimato de la mayoría; de vez en cuando, sin embargo, surgen, como golpes de efecto que la contraponen, unas pocas construcciones excelentes, que nos hablan de la excepcionalidad de unos pocos. Por lo común, estas obras singulares nacen con la voluntad de representar a algo o a alguien; es en ese punto de encuentro entre la obra y lo que desea transmitir en donde la arquitectura establece un sutil y fundamental vínculo con el

encargante, que es, a fin de cuentas, el que toma la iniciativa en una obra.

Sugerimos, para empezar, una reflexión: todos podemos recordar ejemplos de excelentes edificios que son sede de instituciones, compañías u organismos cuyo funcionamiento está muy bien valorado; y, a su vez, ejemplos de lo contrario, es decir, de edificios cuyas debilidades nos advierten de unos servicios acordes con la escasez representativa. Así, lo discreto del Congreso de los Diputados, algo parece querer decir sobre la debilidad del parlamentarismo español, comparado, por ejemplo, con el potente Parlamento británico. De igual manera, las deficiencias de nuestro sistema educativo parecen reflejarse en una arquitectura escolar de muy desigual valoración, que abarcaría desde los modestísimos

edificios que alojan a muchas escuelas rurales, hasta las modernas e higienistas instalaciones del Instituto-Escuela, por ejemplo, icono de un avanzado modelo escolar que apoyaron benefactores de un nuevo perfil, más próximo al modelo anglosajón, entre los que se contaban personalidades excepcionales: Menéndez Pidal, Ortega y Gasset o María de Maeztu.

Sin embargo, los potentes y hermosos edificios hospitalarios de nuestro país, parecen hablarnos desde antiguo de la alta consideración hacia la atención sanitaria consustancial a nuestra cultura. Y, es importante destacar por el tema central que nos ocupa, que la mayoría de ellos se construyeron bajo los auspicios de benefactores particulares: el Hospital de Tavera o de Afuera en Toledo —construido por orden del Cardenal

Tavera- o el Hospital Real de Santiago -auspiciado por los Reyes Católicos, hoy Parador Nacional-, ambos renacentistas; el barroco Hospital de La Caridad en Sevilla -promocionado por Miguel Mañara y depósito de una excepcional pinacoteca-; los modernistas de San Pau en Barcelona -costeado por el banquero barcelonés Pau Gil i Serra- y el de Jornaleros en Madrid -sufragado por Dolores Romero Arano, viuda del empresario ferretero Francisco Curiel y Blasi- o el ya funcionalista Hospital Clínico de Madrid, construido durante la República. Todos ellos parecen confirmar que la asistencia sanitaria española, si nos atenemos a la calidad de su arquitectura, siempre ha sido de calidad y ha despertado el interés de los benefactores.

La Iglesia Católica, mecenas por excelencia, copa en España los espacios para la representación, sobre todo por comparación hacia lo menguado de los ámbitos civiles. Basta con comparar, por ejemplo, las facturas de las iglesias con la de los ayuntamientos de la mayoría de nuestros pueblos.

En los años 50, la Iglesia española concitó una aproximación muy fructífera hacia una arquitectura que vivía entonces un momento particularmente dulce. De esa época conservamos innumerables templos, propiciados por prelados que podrían asimilarse -salvando las inmensas distancias- con eminentes dignatarios eclesiásticos anteriores ligados a la promoción arquitectónica: Ximénez de Rada, Cisneros, Lorenzana, etc. Un ejemplo de este feliz patronazgo fue la iniciativa del Obispo de Vitoria, Francisco Peralta, que convocó a un grupo de arquitectos católicos comprometidos con los cambios litúrgicos que se avecinaban e inte-



El Edificio Telefónica ubicado en la Gran Vía de Madrid.

resados por las formas modernas, para levantar los nuevos templos que pedía la expansión de la capital alavesa. Fruto de esta iniciativa son las interesantes Iglesia de La Coronación, de Miguel Fisac, y la de Nuestra Señora de los Ángeles, de José María García de Paredes y Javier Carvajal.

Siguiendo en el ámbito religioso, la orden de los dominicos se manifestó muy activa en la promoción de las nuevas formas arquitectónicas de los espacios litúrgicos. Así, el dominico José Manuel de Aguilar (1912-1992) fue el artífice

de una consistente depuración del espeso catolicismo español mediante la incorporación del incipiente vanguardismo artístico nacional. Aguilar fundó en 1955 el *Movimiento de Arte Sacro*, uno de cuyos principios era "*promover las vocaciones artísticas para el arte religioso y estimular la calidad estética en cuantas manifestaciones pueda alcanzar el arte al servicio del ideal religioso*"². Entre 1964 y 1981 editó la revista *ARA* (Arte Religioso Actual), instrumento fundamental para la divulgación de los nuevos criterios litúrgicos e iconográficos oficializados tras el



El embalse de Salime situado en el Principado de Asturias sobre el cauce del río Navia.



El Parque Güell de Barcelona obra del arquitecto Antoni Gaudí.

Concilio Vaticano II. Fue también esta congregación religiosa la que encargó la Iglesia del Teologado a Miguel Fisac, cuya espléndida torre sigue siendo un hito de la Nacional I a la altura de Alcobendas, en Madrid.

Las grandes compañías, siguiendo la estela de los estadounidenses, se han convertido en los grandes mecenas actuales, y convocan a artistas y arquitectos con la intención de que sus obras supongan un retrato prestigioso de su quehacer. Telefónica, por ejemplo, muy ligada en sus orígenes a com-

pañías transatlánticas, tiene una buena hoja de servicios prestados a la arquitectura, que van desde el recio rascacielos "a la americana" en la Gran Vía de Madrid, a su actual sede, horizontal y ligera, al norte de la ciudad, sin olvidar las consistentes instalaciones en muchas ciudades de provincias.

Iberdrola fue la gran empresa eléctrica de los 50 que gestionó la construcción de una importante red hidráulica. Alrededor de las grandes ingenierías de las presas, se desarrollaron a veces también interesantes arquitecturas. Así, el

Salto de Salime, obra del polifacético Joaquín Vaquero Palacios, hace de la ingeniería, la arquitectura, la escultura y los murales un todo sorprendente. Cerca de la presa de Alcántara, Iberdrola edificó el modélico poblado para los trabajadores y gestionó la reforma del convento de San Benito, obras ambas de Dionisio Hernández-Gil. El convento, que fue residencia de ingenieros, es ahora sede de la Fundación San Benito de Alcántara, dedicada a la promoción cultural, que convoca el acreditado *Premio Puente de Alcántara*, para



Edificio Torres Blancas de Madrid y complejo de apartamentos (*Ciudad blanca*) en Alcudia, Palma de Mallorca, obra de Francisco Javier Sáenz de Oiza.

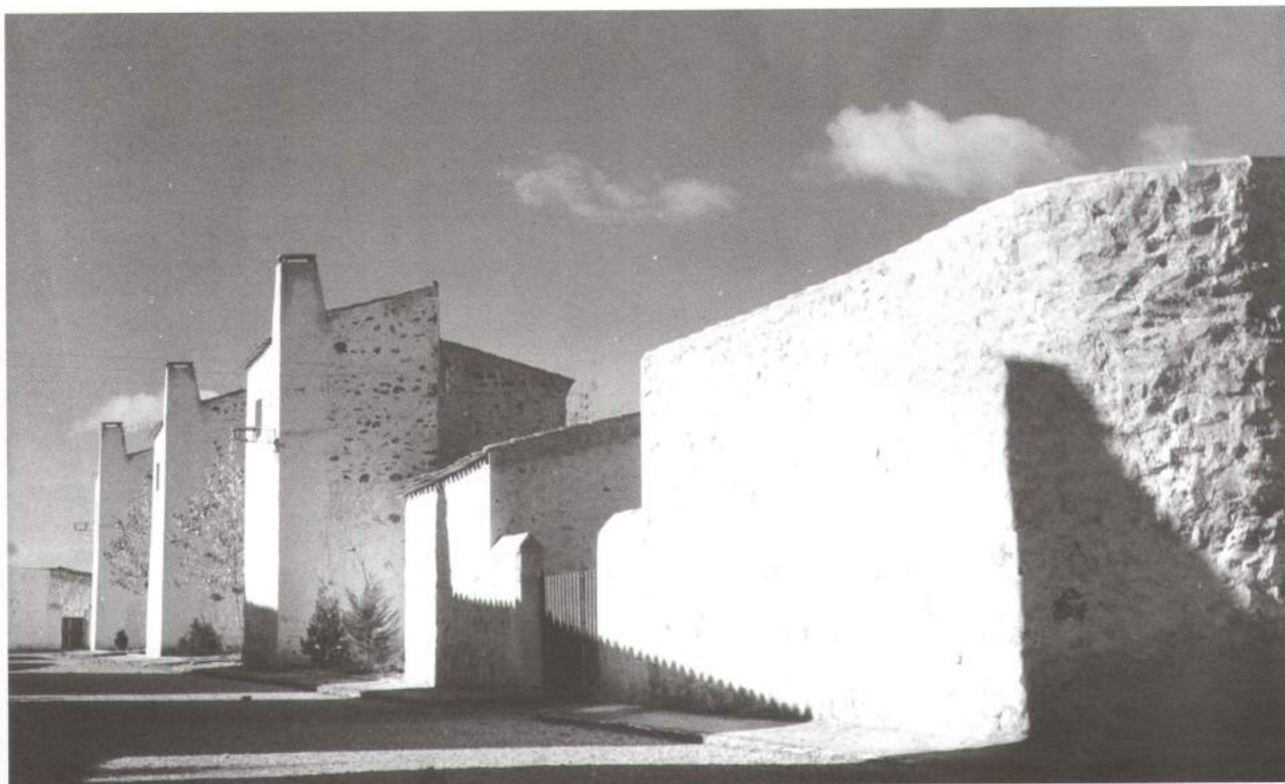
destacar anualmente una buena obra de ingeniería.

Mención particular en el mecenazgo artístico es el que va ligado a benefactores particulares o, en su caso, a una familia.

Sin el personaje de Eusebi Güell no podría entenderse una de las aventuras artísticas y arquitectónicas más sobresalientes y delirantes ocurridas en España, como fue el modernismo catalán y, en particular, la obra de Antoni Gaudí. El apellido familiar va unido a sus obras, quizá, más atrevidas: la cripta de la Colonia Güell, el Palacio Güell, las Bodegas Güell o el Parque Güell.

Esta decisión de poner sus fortunas a disposición de aventuras artísticas extremas contagió a otras familias catalanas de la época. De hecho, la promoción artística en Cataluña se ha apoyado más en los poderosos núcleos familiares, que en estructuras administrativas o corporativas, situación que suele invertirse en la capital. Así, Pere Milà y Camps financió la Casa Milà (apodada *La Pedrera*) y el también empresario textil Josep Batlló i Casanovas, hizo lo propio con la Casa Batlló; ambos se reservaron el piso principal de estos extraordinarios y extravagantes edificios barceloneses para vivienda propia.

La familia Huarte, en Madrid, tiene algo del espíritu de aquellas "aventuras catalanas", que resumen en su altruismo "loco" la esencia de un mecenazgo un tanto romántico, en el que los promotores comparten amistad, mesa y mantel con los artistas. La familia de Félix Huarte —un empresario navarro hecho a sí mismo—, quedará indeleblemente unido a la normalización del arte y la arquitectura española, tras el parón que la postguerra española y



Pueblo de colonización en Villalba de Calatrava obra José Luis Fernández del Amo Moreno.

la Guerra Europea habían impuesto en la década de los cuarenta. Francisco Javier Sáez de Oíza puede considerarse el “arquitecto de la casa”; a él se debe la colosal estructura de hormigón de Torres Blancas, o el proyecto de alojamiento turístico conocido como *Ciudad Blanca*, en Alcudia, en la isla de Mallorca, un sutil homenaje a los tradicionales pueblos mediterráneos escalonados. También es suya la casa de Juan Huarte, en Formentor, un ejercicio de respeto supremo por el pinar en el que se asienta, hasta el punto de preservar los árboles dentro de las dependencias de la casa.

Al concurso de esta familia se deben multitud de patronazgos artísticos y editoriales, como fue, en el campo de la difusión de la teoría arquitectónica, la publicación de la revista *Nueva Forma* (1966-1975). Su interés por el arte del momento llevó a esta familia de mecenas a ceder un local que

funcionaría como anexo al recién creado Museo Español de Arte Contemporáneo, que reformó su director, el arquitecto José Luis Fernández del Amo, para transformarla en la Sala negra, una cripta para la exhibición del arte más vanguardista.

José Luis Fernández del Amo nos permite enlazar con el papel jugado con ciertos organismos oficiales, convertidos por el Nuevo Estado en potentes y, a veces, ilustrados promotores de la arquitectura y sus artes complementarias. Tal fue el caso del Instituto Nacional de Colonización –institución en la que ejerció un papel fundamental Fernández del Amo– cuya misión era regenerar la base agrícola nacional mediante una política de obras hidráulicas asociadas a la creación de nuevos asentamientos de población. Iconos de esta labor son las torres de esos pueblitos, generalmente blancos, que podemos ver en muchas zonas de Espa-

ña, y que encierran una lección de sencillo y hermoso urbanismo, de dulce arquitectura y –isorespal– de unas artes aplicadas de enorme interés, generalmente referidas al espacio religioso, obra de artistas muy considerados de la época que supieron fundir magistralmente el arte con la artesanía: Hernández Mompó, Pablo Serrano, José Luis Sánchez, Arcadio Blasco, Valdivieso, etc.

En estas últimas décadas en las que tanto se ha construido, quizá se eche de menos ese “no sé qué” que decía Miguel Fisac, que convierte en arte a una simple obra de construcción. Quizá ese “no se qué” empiece en el empeño filantrópico del que idea un proyecto arquitectónico.

1 Vitruvio, Marco Lucio. *Los diez libros de arquitectura*. Barcelona: Editorial Iberia, 2007, pág. 162.

2 Estatutos del Movimiento de Arte Sacro, M.A.S., fundado en 1955.